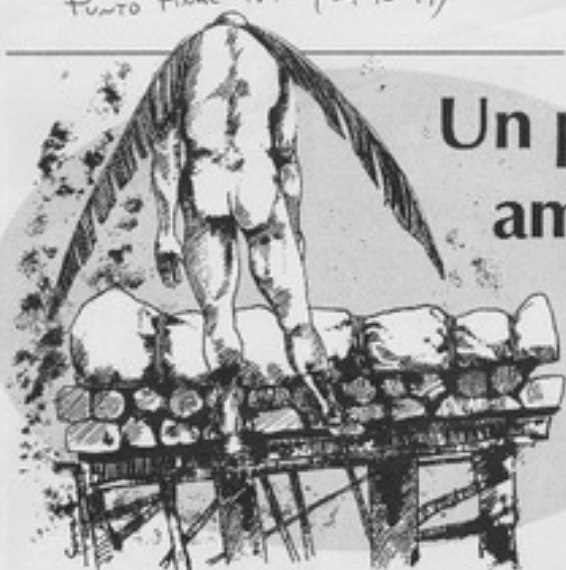




Un poeta amargo



Ricardo Narváez completó a fines de 1998 sesenta y dos años de edad, plenitud de una existencia bastante sufrida sobre la tierra y bajo los cielos de la poesía. Al formular esta noticia nos preguntamos: ¿qué habría sido Ricardo Narváez de no haberse convertido desde niño en poeta? Su condición humana es trágica, probada en el estudio, en el comercio, en la lucha política, en su participación en actividades públicas y esotéricas. Si le recordamos muy joven, le vemos más sonriente que hoy, como si la vida durísima que ha llevado, le hubiera impuesto un signo de reproche que va desde el críto al labio descontentado. ¿Cuándo conocimos a Ricardo Narváez? Puede haber sido en 1948, cuando él ingresaba de un sanatorio cordillerano y nosotros luchábamos desde el incipiente Sindicato de Escritores de Chile que pretendía agrupar a los escritores de la interperia, en una sala escondida de la Biblioteca Nacional. Narváez había publicado su libro de poemas *Las ruinas trágicas*, con el sello Topografía que corresponde a Tregulada Pino Harkiss, Gladys Thien, la proxima amiga, lamentablemente fallecida en Buenos Aires en 1969, autora de seis libros, capaz de fundar una imprenta en su propio domicilio para vengar una ágrafa crítica literaria.

Las ruinas trágicas, como primer libro de un poeta de veintidós años, lleva un prólogo de Antonio de Undurraga que contiene este juicio sagaz: "Leal a su tierra y a su sangre, este hombre cuyo rostro críto es casi idéntico al Lautaro que pintara David Alfaro Siqueiros en el gran cuadro mural de Chillán, nos da a conocer en su poesía que el Oriente circula por sus venas, que su patriotismo coge glosas transmutatorias". Antonio de Undurraga proseguía cita estos versos: "¿Volverán convirtiéndose el día en pétalos y perlas cortadas por tempestades furiosas?" Es un consiento poético con la generosidad juvenil a flor de piel. *Las ruinas trágicas* va dedicado con estas palabras simbólicas: "A mi madre, carísima de luz en mi camino y a mi padre, oco de los siglos brevíos".

Nosotros conocimos a Luis Narváez, padre del poeta, hace ya lejantísimos años. Nos pareció un personaje disociativiano que vivía en la intinidad de los sueños. Había sido secretario de Luis Emilio Recabarren y de Pablo de Rokha para quien Narváez pintó algunos de sus cuadros que ambos salían a vender, desafiando a los compradores con la opotera del poeta combatiente. Luis Narváez, que hoy, como De Rokha, sería combatiente, se llamaba de verdad Luis de Viana, pero al conocer el triunfo de Pedro Narváez, cantante de La Scala de Milán, rolímpago de la gloria chilena en el vasto escenario del mundo, cambió su apellido Viana por el Narváez que ahora prolonga Ricardo y sus hijos por el mundo.

Además de *Las ruinas trágicas*, Narváez es autor de *Morir*, *Morir* (1954) y de *Las horas calidas a gotas* (1959), un tomo de cuentos donde, influyendo de la simbología poé-

tica, nos muestra algunos terrores de su intinidad lastimada, siempre oscilando entre el fantasma de la muerte y la atracción de la vida. Este libro contiene un juicio de Miguel Saldet, escritor, abogado y maestro de filosofía, cuya hondura, más próxima al diagnóstico que al pláido landatorio, dice así: "Nacido en 1926, a los treinta y cinco años, Ricardo Narváez -como todo artista fiel a su misión- sigue siendo un adolescente y casi un niño bueno y malo a la vez sediento de ternura y amistad, que multiplica sus fuerzas de despenetación y aparece ante nosotros como un Kafka ante el cual todo es absurdo, incluso él mismo".

Francis Kafka al que un apogeo famoso vio como un falsario, fue aplastado por sus mayores, venidos con pufos impenetrables por la transición imposible de vencer, de un mundo laborioso y hostil. Ricardo Narváez es un rebelde con estallido y un inconforme de malestar acumulado. El poeta sale en busca del misterioso y no acepta lo que se pretende establecer como algo inamovible, opalibrado en la evolutiva y la rutina. Narváez ha sido además un inquebrantable luchador político cuya acción trasciende valerosa y directa en la tercera parte del libro *Poesías de muerte*, homenaje a Santiago Narváez, mierte.

Otros escritores han calificado también a Narváez con palabras sagaces, atizados por su personalidad singular. El poeta Miguel Antezco anota en la dedicatoria de *Morir*, *Morir*: "Si le pregunto por su salud... me dice que está muy bien, tan sencillo y sereno con su vida. Los tres poemas de su primer libro reflejan, más que el peso del tiempo, y con él el temor de contemplar aquello que amamos cambiado por el flujo de los días. Para Ricardo hay aquella desesperación de querer amar lo que ama para contemplar el derumbe de su cuerpo". Es un buen juicio transparente y respetuoso. Los poetas son siempre más escribibles que los críticos profesionales y la crítica, para el que escribe de veras, equivale a la viruta del carpintero. También han calificado a Narváez, el generoso Filomeno Herrera y en su libro que ahora nos ocupa *Cuadernos de la sombra* (poemas de amor, de locura y de muerte), Ediciones Talfer de Poesía (da Negra Santiago, 1994), el inolvidable Andrés Sabella, nacido en 1912 y fallecido súbitamente en su norte grande, el 26 de agosto de 1989. El finísimo de Sabella va acompañado de una de sus visiones, en libro que el poeta prodigaba y que está fechado el 29 de mayo de 1985. Muestra una vaga ríflige de Narváez, rigurosamente trágica, sin que falte una lágrima desolándose por su mejilla. Así acuaba Andrés Sabella, siempre movido por su natural ternura y su buena información literaria.

Pero sigamos a Ricardo Narváez en su última arremetida vital. El tono del verso se ha hecho más sereno y desprovisto de adjetivos; ya no se oye la voz entera de Pablo de Rokha, ni los sarcasmos inoperados del Conde

de Madorrer. Dice el poeta:

*Quisiera no vivir aquí, dijese.
Me gustaría estar en otras latitudes,
conocer otra gente, tener muchas riquezas,
tener hijos radiós con el hombre que ame.*

Se trata, en verdad, de una despedida y los posibles hijos radiós señalan el abismo: ser "radiós" es un signo de privilegio en Chile. Nuestra abrumadora propaganda televisiva está sostenida en la luz y el cabello rubio, hasta Cristo, que era un muñeco de pelo oscuro y revuelto, se le ve como un rubio y estilizado señor judío. El poeta Ricardo Narváez prosigue, finalizando:

*Solaba y solaba y hacia su destino,
una estrella que cor,
un poeta que se adora,
de regalo una flor,
nada de eso era válido.*

La tuncal soberbia y el sarcasmo del poeta Ricardo Narváez no se han enfriado; la experiencia dolorosa es muy fuerte, está apoyada en los eternos bíblicos: la soledad y la fatiga propia de los años y así el poeta anota en una neta propia de un diario íntimo:

*Mis fuerzas se las llevaron esas tardes eternas,
y sus cocinas siempre heladas a las dos de la tarde,
un agua porra a las diez de la noche,
los días llenos de humildad y la los permanencia,
pero ya sé que alguien me vengará.*

Estamos frente al dolor contenido y expresado sin posibilidad de acallar. El sanatorio de Ricardo Narváez carece de las gulas intelectuales, de las gracias de la razón invencible de Thomas Mann y su *Monstruo mágico* y el poeta hasta recurre a la vengancia por tanto ajeno, a la paciente picadura del indio. Aparte de ello, Ricardo Narváez se ha sentido en la vida azarosa y en los libros; no hay otros lugares de abanicinamiento cultural y constituyen fuentes que no pueden abandonarse sin daño para una y para otra. Sus lecturas de los suces se advierten en sus ensayos acerca de Poder Dostoievski, que un día nosotros prescaramos en el ámbito de la Sociedad de Escritores; en algunos de sus poemas más apasionados y maduros.

Leonidas Andreyev, otro ruso seguramente leído por Narváez, escribe en una de sus obras trágicas, midiendo la vida de un hombre en cinco cuadros y un prólogo, recomendando al final: "¡No te acurtes en tu dura cerna! ¡Móstrala en ella! ¡Allí morirá, cuidado con la cama!".

Pero Ricardo Narváez no es sólo literario. En el *Postigo* de su libro actual, después de pronunciarse contra los antipos y los divulgados "cuatrillos" de nuestra poesía, escribe: "En cuanto a los poemas de la última parte, *Canto de la muerte*, los he dedicado a Santiago Narváez, y no a sus compañeros que fueron asociados igual que él, porque fui amigo de Narváez desde mi temprana juventud. Y justamente quince días antes de su asesinato lo encontré caminando lentamente por la Alameda con San Ignacio. Me contó que estaba enfermo del corazón. Toda esta parte de *Cuadernos de la sombra*, está escrita con la presencia de mi gran amigo". Y más adelante: "La noche nombrada fueron a mi casa, pero no tenía mi nombre ni mis datos perdidos. Un cambismo que era mi vecino y nuestros hijos eran amigos, me salvó negligencia y arriesgándose él. Tiene que leer. Posteriormente me buscaron con retratos habidos en Antofagasta, Atica y otras ciudades nombras donde tuve que refugiarme para salvar mi vida. Hasta el año 85 aún continuaron buscándome a través del país. Por suerte el destino me tenía reservado continuar viviendo para poder escribir acerca de los compañeros asesinados y no ser un desolado desaparecido como lo son Apollera, Flores, Espinosa, Aranda y muchos otros".

Ricardo Narváez se ha salvado a través de la poesía y de la vida plena con todos sus riesgos y no necesita de recomendaciones modernas y prudentes. Sigue en pie, animoso y lastimado, con fe en la palabra y en la tinta oscura, desqueto a que el lector sensible, de ahora o de mañana, descubra toda la emoción y los poblados simbólicos de su poesía. Ellos se albergaron en el poeta que al escribirlos a solas, totalmente a solas, con el mundo encima, como ha de vivir y morir el auténtico poeta, saltó su propia sombra y se aproximó a la eternidad. ●

LUIS MERINO REYES

Un poeta amargo [artículo] Luis Merino Reyes

AUTORÍA

Merino Reyes, Luis, 1912-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Un poeta amargo [artículo] Luis Merino Reyes

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile